

Apuntes en torno al aprendizaje del diálogo

JESÚS REY TATO

El presente trabajo no pretende abordar directamente cuestión psicológica alguna sobre la adquisición del pensamiento reflejo y de la formación del lenguaje en el ser humano, así como su capacidad para establecer mediante los mismos una comunicación eficaz con sus semejantes, sino que intenta un acercamiento desde éstos, en cuanto que fundamentos e instrumentos relacionales, hacia lo que usualmente suele ser denominado como «voluntad de diálogo».

Aptitud y actitud para el diálogo

Entendiendo que mantener un diálogo, al igual que cualquier conducta que se realiza como acto voluntario, requiere de un continuado esfuerzo para poder proseguirlo, se quiere hacer especial hincapié en aquellas circunstancias en que tal intención de dialogar queda frustrada. Así, además del concurso inicial de unos deseos de entendimiento, se verá que es preciso conocer de partida cuáles puedan ser los impedimentos que den al traste con dicha disposición dialogante; de este modo, por estimar que no resulta suficiente ese mero deseo de entablar un diálogo para obtener su consecución, es por lo que se considera necesario un conocimiento acerca de los mínimos imprescindibles que permitan —por así decirlo— llevar las riendas en una relación dialógica dada, que la conduzcan al término esperado.

Hay que comenzar por destacar que el riesgo intrínseco que conlleva ineludiblemente todo diálogo es el de una peculiar tendencia a dejar de serlo para convertirse en monólogo, es decir, en negarse a sí mismo con la supresión de alguno de los pareceres en cuestión; de tal manera, habitualmente sucede que más que un auténtico diálogo entre aquellos individuos que intercambian opiniones, lo que se da es un simple choque y rebote de sus respectivos pareceres. Partiendo del convencimiento de que cualquier desacuerdo no es motivo inicial de rechazo y que merece ser dilucidado mediante un diálogo, que ha de arrancar de entrada desde el respeto y la tolerancia del planteamiento del otro, o sea, del mismo reconocimiento de su posición en desacuerdo respecto de la de uno mismo, es como se hace espacio a la avenencia.

No obstante, tal como se ha dicho antes, lo habitual es que más o menos tácitamente no se admita con holgura esa posibilidad de disenso y se termine por desembocar en alguna forma de rechazo recíproco que resulte aceptable socialmente; se llega en mayor o menor medida entonces a un aparente acuerdo o a una insalvable divergencia que, en definitiva, acaba por esfumar la viabilidad para continuar con el diálogo. Así, toda disposición para dialogar con eficacia habrá de pasar necesariamente por la aceptación de la legitimidad de no compartir las mismas causas y la tolerancia ante unas valoraciones, creencias, costumbres y toda una forma de pensar y hacer ajena a la propia con el mismo respeto que se quisiera para ésta.

Pero por mucho que se reconozca la importancia de esta disposición como base para un amplio abanico de relaciones humanas, no sería consecuente ni realista si no se tuviese en cuenta al afirmar este planteamiento pluralista la presencia de la polémica, así como del conflicto, vigentes en toda vida hecha en común con irritante frecuencia. El hecho de encontrar inevitables oposiciones en los demás a la vez de inducir en otras contrariedades, que confluyen en una proliferación de situaciones mal avenidas por esa ausencia de unanimidad, lleva a plantear a nivel de concienciación la necesidad de escatimar las posibilidades de tan útil instrumento para el intercambio de criterios e información entre distintos individuos y colectivos; es precisamente aquí, donde una instrucción adecuada sobre el asunto que nos ocupa puede encontrar trazas de fructificar.

Por otra parte, hay que señalar que en estas consideraciones que se exponen se parte de una valoración positiva de esa ausencia de unanimidad, que es entendida como operativa y aconsejable socialmente; en cuestión no se trata, pues, de llegar a saber cómo se podría evitar por mediación del diálogo todo ese cúmulo de controversias ni de entrar

a establecer si son inevitables en virtud de una suerte de fatalidad, bien coyuntura bien estructural según el caso. Desde un reconocimiento de la conflictividad como fenómeno presente de facto en cualquier relación humana, es preciso sostener también como premisa el valor del diálogo como recurso para la resolución de tales diferencias.

Viene a resultar, así, que propiamente lo anormal —por enojoso que parezca— sería el vivir sin conflictos, por cuanto que las relaciones y vivencias en común no sólo plantean inacabables polémicas, sino que incluso toman cuerpo y se desarrollan cotidianamente a través de dichos desacuerdos; puede pensarse entonces que esa diversidad de pareceres, a la que se hacía referencia, está justo en el origen de todas esas controversias pero es erróneo. No es la falta de unanimidad quien las provoca, antes al contrario, será la negativa a aceptar de forma tolerante y respetuosa tal discrepancia la que genere en mayor proporción el conflicto. A pesar de que el diálogo no pueda ni deba prevenir el encuentro de posturas antagónicas, cabe resaltar que sí permite la posibilidad de resolverlo sin entrar en una espiral de discusiones estériles.

Barreras y caminos para el diálogo

Conviene advertir que aunque en los más de los casos el conflicto suponga una auténtica perturbación en las relaciones humanas, no debiera ser denostado en sí mismo cuando lo que representa una amenaza cierta para tales relaciones son sus consecuencias indeseables que, en rigor, suelen ser producto de una inadecuada disposición ante la situación conflictiva. La vida humana entendida como una relación recíproca con los demás implica un entrecruzamiento continuo de pareceres e intenciones que obviamente no siempre coinciden con los propios intereses, entonces, lejos de saber cómo aceptar esa alteración en cada ámbito particular se la toma como una intrusión intolerable; es preciso, pues, entender en un amplio sentido el desenvolvimiento de la propia conciencia como un ejercicio dialógico.

Con la ausencia o el rechazo del diálogo no sólo se elude lastimosamente una innegable oportunidad para procurar resolver de manera adecuada dichos conflictos, ya sean incipientes o crónicos, sino que además supone cualitativamente un deterioro notorio en las relaciones humanas aparte de una merma considerable en las posibilidades de enriquecimiento personal. Tomando en consideración que todo aquello que se representa y aporta a los demás así como lo que éstos desempeñen para uno está en directa función con los modos en que se han sabido afrontar tales diferencias, no deja de resultar preocupante ese secular abandono a la improvisación individual y al albur de las circunstancias con que se confía solventar la divergencia de pareceres.

Queda entendido, pues, que cualquier disensión que se plantee suscita en alguna medida una alteración en el trato recíproco de quienes las sostienen; sin embargo, no es admisible que necesariamente se vea envuelta de crispación inútil. Así, para tomar conciencia de ello es condición llegar a reconocer que, en principio, el desacuerdo cuando surge no tiene por qué llegar a bloquear el intercambio de opiniones si se le admite como elemento agilizador dentro de esa dinámica dialógica, lo cual no es fácil cuando alcanzar la conclusión contraria ha sido la tónica habitual. Un diálogo puede progresar y ser operante cuando, como se ha estado diciendo, la discrepancia no sea esquivada sino asumida sin reservas ni concesiones, cuando se saben aceptar y oponer criterios de modo idóneo, es decir, discernimiento con precisión entre opiniones y opinantes (1) con un talante comprometido en hacer que del conflicto se obtenga un saldo productivo y no destructivo.

Desafortunadamente, abundan las formas de esquivar —veladas en su mayoría— que en la práctica cotidiana hacen que el diálogo que pareciese darse no dirima en realidad entre los argumentos y criterios expuestos, para que de soslayo se dé paso a un falso diálogo viciado de antemano de narcisismo y labilidad; un diálogo bien llevado debiera descubrir que su sentido reside más allá de la convergencia en el reconocimiento mutuo, o sea, que cada interlocutor por medio del desacuerdo ha de estar dispuesto a traspasar su posición propia y la ajena en beneficio del logro de un acuerdo o discrepancia enriquecedores cuya dificultad muestra la importancia de toda iniciativa de diálogo.

No obstante, de ordinario suele esperarse cierto incremento de asentamiento proporcional a la estrechez de la relación personal guardada, lo que lleva a pensar que tan sólo teniendo en consideración las propias opiniones se acepta a los demás en la medida en que sean reflejo de uno. Así, cuanta más proximidad en el trato parece demandarse un mayor asenso que reproduzca tal parecer, acabando en un monólogo narcisista que sólo presta oídos a sí mismo. En el otro extremo, pero con idéntica carencia de comunicación, se encuentra determinado plegamiento a las opiniones de otros que excede los límites de la normal tolerancia, para eludir el conflicto por la vía del mimetismo. Un procedimiento de dejarse persuadir que sólo en apariencia evita los roces y que pretendiendo ampararse en una lábil ductilidad únicamente puede acarrear la supeditación y que se escuche una voz.

(1) Al respecto cabe señalar una ilustrativa indicación de un reconocimiento polemista como fue Miguel de Unamuno que, en uno de sus manuscritos, desaconseja tomar las propias convicciones como un feudo particular, en los siguientes términos: «Expón con sinceridad y sencillez tu sentir y deja que la verdad obre por sí sobre la mente de tu hermano; que le gane ella y que no le sojuzgues tú. La verdad que profieras no es tuya, está sobre ti, y se basta a sí misma».

«El conflicto nos desvela el sentido de nuestra libertad que se halla en la solidaridad y en la comunión cuya condición esencial la constituye el reconocimiento y la confluencia de las diferencias» (2).

Para continuar este breve artículo, tras poner de manifiesto toda la relevancia y valor del diálogo en el vivir cotidiano, así como aquellas situaciones veladas en las que éste se diluye, retomamos este punto para mostrar su aspecto viciado de partida con narcisismo en ciertas relaciones, a resultas de la desaparición de una auténtica y fructífera «voluntad de diálogo».

Conociendo un hecho constatable, a la par que habitual, cual es que en amplios sectores de población la actitud tipificada ante los diversos mensajes de los medios de comunicación parece parcialmente selectiva —lo cual no deja de ser saludable en principio— resulta que en buena medida todo ese sano tamizado de información recibida suele efectuarse en base a una permeabilidad con respecto a aquello que venga a reforzar las propias convicciones, a la vez que se es proporcionalmente más remiso a admitir aquello que llegue a contradecirlas. Uno de los procedimientos más socorridos en esta práctica consiste en ensayar una postura de manifiesta indiferencia, a tenor de la cual, dicho desinterés se traduce en una de las vías que más rápidamente conduce a una recíproca ignorancia y desde ésta hasta el aislamiento.

Rechazo de la interpelación

Para numerosos individuos el acceso a la información diaria responde a la pretensión de cimentar sus precedentes opiniones, siendo palpable, así, cierta preferencia por determinada prensa escrita, emisora radiofónica o canal televisivo; podría afirmarse sin temor a equívoco que existe una demanda tendente al más craso parcialismo de informaciones concretas o, para decirlo con otras palabras, un público y cualquier audiencia en queneral suele escuchar verdaderamente lo que en el fondo desea oír, que viene a ser la confirmación de sus criterios ya formados. En relación con esta actitud que evidencia el recelo de ciertos sujetos para asimilar un parecer discrepante del que posee y dentro de una esfera más íntima, cabe suponerla como una de las causas en la mengua de calidad en las relaciones personales.

(2) Oraison, M.: *Psicología de nuestros conflictos con los demás*, pág. 134, ed. Mensajero, col. Bolsillo, n.º 2, Bilbao, 1981, (4.ª edición).

En efecto, sucede que su contacto con el entorno social generalmente se sustenta en opiniones sin confirmar; no es extraño, pues, que informaciones nuevas no concuerden plenamente con ciertas expectativas ni que tampoco se presten a considerar aquellos datos que no sean conformes con sus propios supuestos. Así, distinguen entre lo que se dice y quien lo dice para poner en duda la competencia del difusor de tales datos discordantes; asimismo, esta desconfianza es acompañada por la ausencia de interés en su análisis o la consulta de otras fuentes. Ambas actitudes redundan en la conservación de las convicciones contradichas, si bien, desde una implícita infravaloración, suele abrirse un camino expedito hacia el conflicto estéril.

Esta disposición de intransigencia a la hora de confrontar los distintos pareceres conlleva toda una serie de dificultades para llevar a cabo rectificaciones y cambios de postura; pero, como quiera que una opinión sólo llega a ser más fiable en relación con los nuevos intercambios de información que se efectúen, cabe considerar que las mayores diferencias proceden del rechazo de la divergencia —que más bien debiera suscitar el diálogo—. No obstante, la tónica predominante se sitúa en una acusada propensión al rechazo de quienes sostienen creencias que no se comparten, en lugar de tomar sólo como discrepante su forma de pensar y opinar.

Este rechazo puede darse dentro del contexto social más diverso —religioso, político, intelectual, científico, etc.— (3) y no obedece necesariamente a una ideología que en concreto se profese; con todo, en este paso del descrédito a la intolerancia se suele instalar en una óptica bifocal desde la que se encuadra, por un lado, un frente difuso de creencias e ideas no compartidas, y por otro, se engloban con especial aquiescencia aquellas que de entrada sí se mantienen. Esta práctica, maniquea por demás, conduce hasta discriminaciones y posicionamientos extremos mediante los que se limitan cuestiones discutibles a conceptos de adhesión o rehúsa, sin término medio que permita el que se reconcilien.

Sea como fuere, la dificultad de una coincidencia solidaria de pareceres no puede consentir en llevar la divergencia más allá de las creencias a un terreno personal, en el que se elaboren sesgadas prosopografías que permitan asignar arbitrariamente determinadas etiquetas a cada ocasional interlocutor; poco a poco se iría restringiendo la posible audiencia hasta el monólogo en un afán de reiterar su misma opinión,

(3) Ni que decir tiene que la incidencia de esta actitud no se reduce a ámbitos públicos o privados tan sólo, sino que se da parejo también un correlato más íntimo; o para tratar de ser un poco más exactos todavía, dicho talante se deja de sentir a dos niveles en las relaciones humanas, manifestándose, así, a nivel intrapersonal, es decir, consigo mismo, y por consiguiente a nivel interpersonal también, con otros semejantes.

que acostumbraba a reducir toda conversación a un fatuo intento de conversión de quien discrepe. Así, se evita la búsqueda de algún mínimo común que les aproxime al tiempo que es recortado o cerrado el acceso al espacio reservado de tales creencias.

«...Existe una amplia evidencia para poder decir que aquellas personas que tienen dificultad en enfrentarse consigo mismas, son a la vez las menos aptas para percibir cómo está hecho el mundo» (4).

Suelo abonado para prejuicios

Todo individuo percibe, considera y actúa respecto de un marco de referencias y dentro de un medio social desde los que refleja sus creencias, incertidumbres y expectativas; en este sentido, resulta bien aceptada la firmeza de un comportamiento consecuente con las propias convicciones. Sin embargo, ese completo convencimiento ante la posible rectificación de una opinión que anteriormente se haya mantenido, nada aporta sobre la verdad o falsedad de éstas, pudiendo mostrarse, en cambio, como claro síntoma de inseguridad. No es que la congruencia —necesaria, por otra parte— sea un indicio que denote un posicionamiento débil, antes bien, sucede que las circunstancias y coyuntura varían cambiando, a su vez, el acierto de unas opiniones u otras.

Una modificación de ciertos pareceres no implica su renuncia en tanto que, si se pretende eludir errores de principio, ninguna posición podrá tomarse como concluyente e inalterable; en rigor, dentro de cualquier opinión no se da una separación nítida entre lo que se crea y se sepa. Así pues, en parte faltarán siempre elementos para pronunciarse definitivamente, ya que apenas hay materia o asunto del cual se tenga todo dato comprobado, con lo que se deja un margen opinable quedando a la espera de una confirmación suficiente; pero, como quiera que de ordinario no se puede demorar una decisión o acción a la que se esté remitido, éstas tendrán un fundamento con un valor aproximativo.

Ahora bien, esta premura unida a una necesidad de ordenar su entorno dotándole de coherencia y sentido, lleva a todo individuo a confeccionar o asumir un conjunto de convicciones que ocupa un importante lugar a la hora de configurar esa imagen del mundo; en este ordenamiento algunas valoraciones, creencias y costumbres llegan a alcanzar tal significación que se hace difícil prescindir de las mismas, aun cuando la evidencia parezca contradecirlas. En determinados casos tras un

(4) Adorno, T. et al.: *The authoritarian personality*, pág. 976, New York, 1950, apud López-Yarto, L.: *Dogmatismo y educación*, pág. 29, ed. Narcea, Madrid, 1980.

convencimiento inamovible no es raro descubrir una actitud defensiva que, ocultando su debilidad bajo un aspecto inflexible, trata de protegerse de la ansiedad que produce encontrar otros criterios que hacen tambalear el suyo propio, además del esfuerzo adicional que supone emprender su replanteamiento.

En última instancia, esta actitud corresponde a un talante escasamente crítico y puede que autocomplaciente también de aquellos sujetos que no experimentan mayor necesidad de cuestionarse a sí mismos, y que se adhieren a sus posiciones —rechazando a quienes no lo hacen— en relación con la pérdida de su propia confianza; su seguridad se concreta en forma de reducto conceptual en el que mantienen casi encofradas sus opiniones más íntimas sin ser expuestas —en el doble sentido del término— en una confrontación dialógica. Dicha resistencia a revisarse condiciona tanto la disposición propia para el diálogo como la aceptación de un interlocutor viciando, asimismo, la percepción de las disensiones y conflictos tomados únicamente como una perturbación.

Para concluir estas notas ha de hacerse mención de otro aspecto de las relaciones personales, dentro ya de una esfera más doméstica en la que, a fin de convivir es unas condiciones que fuesen aceptables, plantea erróneamente —aunque bienintencionada— una hipotética ausencia de conflictos, que nada tiene que ver con una «voluntad de diálogo», desde el intento de evitar toda posible confrontación.

En este sentido, la sabiduría popular, habiendo advertido las consecuencias negativas del conflicto, supo buscar una solución provisional para aquellas situaciones que supusieran un peligro a dicha convivencia; únicamente a corto plazo —y no siempre— puede dar buen resultado el recurso a la táctica de eludir la discusión iniciada, cuando uno de los implicados decide no mantener su postura. Pero este arreglo interino tan sólo puede emplazar lo que se pretendía evitar, escamoteando a la vez la potencialidad positiva del conflicto, que por fuerza vuelve a aflorar en tanto que no se asuma e integre como factor que dinamice la convivencia. La renuncia a la confrontación no puede equipararse a una espontánea forma de esquivar una discusión; habrá de tenerse en cuenta, pues, que «dos no discuten... si ambos dialogan».

La autoafirmación por el conflicto

En rigor, la riqueza de unas relaciones no se mide en razón de la carencia de conflictos —tampoco por su presencia—, antes, bien, en cómo se hayan afrontado, ya que la colisión de intereses en éstas está presente de forma más o menos latente. Si tales relaciones han de ser fieles a su nombre y pretenden ir más allá de una mera coexistencia, no resul-

tará posible rehuir a toda costa todo roce, ya que, la simple aceptación sin más de cada uno tal como se aparece, supone cierto tipo de acomodación que, en extremo, lleva a la yuxtaposición y a la ausencia —o sea, al modo más pobre de convivencia—. De ahí, que la falta de discusiones pueda ser también producto de una comunicación superficial, y que uno deje de pasar desapercibido cuando discrepa.

«En una disputa debemos tratar de comprender el punto de vista del oponente... Todo compromiso se basa en ese reconocimiento... Únicamente con ese espíritu se pueden solucionar los conflictos» (5).

No obstante, cuando acaece el disentimiento por lo general se resaltan unilateralmente las opiniones propias sin esforzarse lo suficiente en comprender las del oponente, con lo que el final de la disputa radicará, entonces, en una cuestión de temperamento consistente en ceder antes de que la discusión se desborde y pueda deteriorar unas relaciones. Así, para evitar precisamente la perturbación de la controversia es por lo que se deja en suspenso un parecer, accediendo a un consenso impuesto, en el que la desviación de opinión se toma como origen del altercado, pues esa mordaza corrige un efecto pero no su causa. El quid del asunto se sitúa en el reconocimiento de que la defensa de las propias convicciones limita con el respeto y la tolerancia de quienes defienden o debieran defender las suyas; de no ser así, con el mismo gesto se menosprecian esas ideas además de quien las sostenga.

Al igual que no ha de tomarse la porfía en cuestiones de opinión como una meritoria salvaguardia de las mismas, tampoco ha de confundirse la firmeza de unas tomas de posición vinculantes, tomadas con independencia del momento y que sirvan de base a otras; por ello, es normal para un individuo presentar ciertas resistencias no exentas de autocrítica ante su alteración o muda, a menos que se abandone a la inconsistencia propia del proteo. Aquí, cabe cuestionar al respecto si una negativa a pronunciarse favorece el trato en común y no sólo ahorra eventualmente un perjuicio mayor para esa relación, y si el costo humano lo compensa, en tanto que nadie se complace en tender su personalidad en el lecho de Procusto (6).

(5) Breese, J.: *Psicología y vida cotidiana*, pág. 192, ed. Mensajero, col. Bolsillo, n.º 30, Bilbao, 1973.

(6) Este era el sobrenombre por el que, en la mitología griega, era conocido un perverso gigante que, dedicándose al bandidaje sorprendía a incautos caminantes haciéndoles padecer un terrible tormento consistente en inmovilizarlos sobre su lecho comprobando su altura; si no alcanzaban la longitud de aquél los estiraba hasta que llegasen a ella, si por la contra la sobrepasaban, les cortaba la parte que quedase sobrante.

Ciertamente, determinadas personas que adoptan una actitud menos oponente resuelven en primera instancia sus diferencias con menor acritud y consiguen una avenencia fingida hecha a medida a base de concesiones. Como se ha dicho, sólo en apariencia pueden prolongarse situaciones tales sin conflicto, de ahí, que una solución encaminada a minimizar su repercusión dañina será aceptable y provechosa siempre que se atenga a valores que estén por encima del simple acuerdo o desacuerdo. La mera admisión de otros pareceres sin hacer uso de la réplica, es decir, el acatamiento con que se pretende armonizar unas relaciones, supone una adaptación utilitaria que indirectamente favorece la dependencia de opinión en pro de la unanimidad.

Una conformidad en exceso, a pesar de que efectivamente desplace múltiples roces, tiene por contrapartida el que, por amoldarse tal vez demasiado bien, conlleve una forma atenuada de sometimiento que supe-dita al individuo lábil a las condiciones que se le antepongan; cabe suponer que dicha actitud facilite en su intento de no propiciar un conflicto que tampoco se mantenga nada con auténtica convicción. Estos sujetos precisan contrarrestar su labilidad y enajenamiento reforzando su identidad particular y recuperando su propia autonomía para, así, emanciparse hasta ser capaces de decir «no», lo que implica, a su vez, poder decir «sí», y no sólo «también»; únicamente abandonando ese —valga la expresión— abuso de subordinación puede dialogarse con un mínimo de responsabilidad.

De la transigencia a la tolerancia

Entre el talante de alguien tolerante y el transigente de quien no quiere entrar en discusión, media un hondo trecho que hace que estas actitudes sean cualitativamente distintas; la tolerancia no se corresponde con la pasividad característica de aquellas personas pacatas que hacen ocultación de su parecer, ni resulta incompatible con la afirmación y defensa de su visión de las cosas. Tolerar es admitir que cada cual mantiene un enfoque personal que ha de ser respetado y tomado en cuenta al entablar un diálogo; en definitiva, es aceptar que, por el hecho de que nadie sea idéntico a otro, se presenta como un posible o real oponente, pero no, por ello, como un enemigo.

Por otro lado, la transigencia tan sólo puede ser entendida como una disposición circunstancial y concreta, que no ha de tomarse como un fin en sí misma, no así la tolerancia. Aquéllos que careciendo de la firmeza precisa se dejan postergar suelen soportar a menudo más de lo que estrarían prestos a ceder, entorpeciendo el pleno desarrollo de sus facultades. Un riesgo añadido en el deterioro del trato personal viene dado por el establecimiento consuetudinario con que se designa

de antemano quién ha de transigir en determinada disensión, en razón de alguna prerrogativa —edad, sexo, potestad, rango, etc.—; el conflicto se manifiesta, entonces, cuando por algún motivo tales convencionalismos dejan de tener vigencia y se muestra la disconformidad con el papel desempeñado.

La transigencia, en tanto que silencia una voz, no contribuye al entendimiento y si al progresivo aislamiento, por lo que son numerosas las desavenencias generacionales, matrimoniales o laborales, entre otras, que tienen en ella su control y desencadenante a un tiempo. Únicamente con quien tolera puede mostrarse debilidad o divergencia sin provocar una reacción desfavorable; aplicada de este modo, la tolerancia consiste en un ejercicio de diálogo pluralista, de reconocimiento de la diversidad sobre la unanimidad, basado en el respeto y la admisión a debate de otras posturas, pues no existen motivos o temas sin interés, sino personas que se niegan o son incapaces de interesarse.

Mediante la tolerancia se da cabida en la propia conceptualización del mundo, aunque sólo sea para un mínimo análisis, a otras formas de configuración teórica del mismo; es por eso por lo que, antes que un contenido específico supone una manera singular de abordar planteamientos diferentes a los de uno, prestándoles oído, no a pesar, sino preciamamente por no compartirlos. En este orden de cosas, la falta de tolerancia se revela siempre desaconsejable, tanto como disposición prepotente como acrítica; se es tolerante en la medida que se eliminan los mecanismos de defensa que dificultan consiguientes revisiones, dejando sin efecto el diálogo por negarse a él. Así, cuando no se cuestiona uno a sí mismo con espontaneidad, tampoco se admite de buen grado que otros le fuerzen a replantearse.

Conocer cómo encauzar tolerantemente los conflictos verbales, saber dialogar, en una palabra, sigue siendo todavía para un excesivo número de personas una asignatura pendiente; un diálogo efectivo depende además de la relevancia del contenido que se comunica de la adecuación personal a dicha relación dialógica (7). En este intento de elucidar pareceres —cuya ulterior intención no se aborda— caben actitudes que falseen tal cometido; al parecer, rara vez se está abierto todo lo posible a las demás opiniones o se es firme hasta donde sea necesario, y no sin dificultad se descubre que se es partícipe en mayor o menor medida de ello. En este sentido, se hace necesario aplicar una suerte de hi-

(7) El diálogo tolerante no trata de homogeneizar opiniones, al contrario, reconoce en cada peculiar personalidad un posible desacuerdo; tolerar es interpretar la vida a partir de lo que entiende la experiencia ajena. Cualquier punto de vista es en sí mismo parcial y limitado, y es por ello perfectible también; aquí radica la virtualidad enriquecedora del diálogo como animador de las relaciones humanas.

giene de la confrontación, consistente en una reeducación para el diálogo dentro de un clima de respeto.

Queda claro que dejar la «voluntad de diálogo» en manos de la contingencia no puede dar resultados apetecidos; de igual modo, la simple instrucción no es suficiente por sí sola para crear hábitos de dialogar en los diversos sectores de la población; no obstante, sólo divulgando los factores que los malogran podrá fomentarse el propósito de su control, pese a que no todas las variables que concurran queden al alcance de la propia intervención. En estos pocos apuntes se han querido esquematizar mínimamente y sin agotar la casuística, unas tendencias de rechazo y de fuga —narcisismo y labilidad— con las que ciertos individuos dejan de ser interpelables o no se dan por aludidos, o sea, los excesos y defectos más comunes que enervando la iniciativa transforman el diálogo en monólogo.

«...Un diálogo entre hombres afecta a sus propias personas de maneras muy diversas... La verdadera comunicación con otro hombre tiende a una transformación recíproca de mentalidades y comportamientos» (8).

(8) Retif, L.: *Vivir es dialogar*, pág. 40, ed. Nova Terra, col. El grano de mostaza, n.º 9, Barcelona, 1968, (2.^a edición).